

se volvían á veces con aire zalamero hacia el anciano sacerdote.

—El señor cura se está muriendo de ganas por hacer su partidita, decían.

Pero el taimado cura se prestaba admirablemente á las hipocresías de sus cómplices, y se resistía, diciendo:

—Perderíamos demasiado no escuchando á nuestra hermosa inspirada.

De este modo estimulaba la generosidad de Dinah, la cual acababa por apiadarse de su querido cura. Esta atrevida maniobra fué practicada con tanta astucia, que Dinah no sospechó nunca la evasión de sus forzados al campo del juego, y no lo sospechó porque siempre le dejaban al joven sustituto ó al joven médico para que sufriesen sus torturas morales. Un joven propietario, el petimetre de Sancerre, perdió las simpatías de Dinah por algunas imprudentes demostraciones. Después de haber solicitado el honor de ser admitido en este cenáculo, alabándose de arrebatarse su flor á las autoridades constituidas que la cultivaban, tuvo la desgracia de bostezar durante una explicación que Dinah se dignaba darle por cuarta vez acerca de la filosofía de Kant. El señor de la Thaumassiere, nieto del historiador del Berry, fué, pues, considerado como hombre completamente desprovisto de inteligencia y de alma.

Los tres enamorados se sometían á estos exorbitantes derroches de talento y de atención con la esperanza del más grato de los triunfos el día en que Dinah se humanizase, pues ninguno de ellos tuvo la desgracia de pensar que ella per-

diese su inocencia conyugal antes de haber perdido sus ilusiones. En 1826, época en que Dinah se vió rodeada de homenajes, la recién casada frisaba en los veinte años, y el cura Duret la mantenía en una especie de fervor católico. Los adoradores de Dinah se contentaban, pues, con colmarla de cuidados, de favores y de atenciones, satisfechos de ser considerados como caballeros de honor de aquella reina para las gentes presentadas que pasaban una ó dos noches en La Baudraye.

—La señora de La Baudraye es un fruto que hay que dejar madurar, tal era la opinión del señor Gravier, que esperaba.

Respecto al magistrado, le escribía cartas de cuatro páginas á las que Dinah respondía con cartas calmantes, dando vueltas por el jardín apoyada en el brazo de su adorador. Guardada por estas tres pasiones y acompañada además por su devota madre, Dinah evitó las desgracias de la maledicencia. Fué tan patente en Sancerre que ninguno de aquellos tres hombres había de dejar solo al otro con la señora de La Baudraye, que sus celos fueron una verdadera comedia. Para ir de la puerta de César á Saint-Thibault, existe un camino mucho más corto que el de las grandes murallas, camino que se titula el Despeñadero. Este nombre indica claramente que aquel camino está situado en la parte más pendiente de la montaña y plagado de piedras. Yendo por el Despeñadero se acorta el camino de Sancerre á La Baudraye. Las mujeres, celosas de la Sapho de Saint-Satur, se paseaban por el mallo, y á veces procuraban dar conversación y retenerla

ya al subprefecto ó ya al fiscal de la audiencia, los cuales daban entonces visibles muestras de impaciencia ó de impertinente distracción. Como que desde el mallo se ven las torrecillas de La Baudraye, más de un jóven iba allí á contemplar la morada de Dinah, envidiando el privilegio de los diez ó doce concurrentes que pasaban la velada al lado de la reina de los sancerreses. El señor de La Baudraye no tardó en ver el ascendiente que su calidad de marido le daba sobre los adoradores de su mujer, y sirviéndose de ellos con el mayor candor, obtuvo rebajas de contribución y ganó dos pleitos. En todos sus litigios, el raquítico barón, que era meticuloso y cicatero como todos los enanos, hizo presentir la autoridad del fiscal de tal manera, que nunca encontró quien se le opusiese en nada.

Sin embargo, cuanto más brillaba la inocencia de la señora de La Baudraye, más imposible parecía su situación á los ojos de las demás mujeres. Muchas veces, reunidas en casa del presidente Boirouge, las señoras de cierta edad discutían entre sí durante noches enteras acerca del matrimonio de La Baudraye, y todas presentían uno de esos misterios cuyo secreto interesa vivamente á las mujeres que conocen el mundo. Efectivamente, en La Baudraye se desarrollaba una de esas largas y monótonas tragedias conjugales que hubiera permanecido eternamente desconocida si el ávido escalpelo del siglo xix, conducido por la necesidad de encontrar algo nuevo, no fuese á escudriñar los rincones más oscuros del corazón, ó si queréis, aquellos que habían sido respetados por el pudor de los siglos

precedentes. Este drama doméstico explica perfectamente la virtud de Dinah durante los primeros años de su matrimonio.

Una joven cuyo éxito en el colegio de Chamarolles había tenido el orgullo por resorte y cuyo primer cálculo había sido recompensado con una primera victoria, no podía detenerse en tan buen camino. Por raquítrico que fuese el señor de La Baudraye, para la señorita Dinah Piedefer el barón fué un partido verdaderamente inesperado. ¿Cuál podía ser la intención de aquel viñero casándose á los cuarenta y cuatro años con una joven de diez y siete, y qué partido podía sacar de él su mujer? Tal fué el primer texto de las meditaciones de Dinah. El hombrecito burló perpetuamente la observación de su mujer, la dejó en un principio tomar las dos preciosas hectáreas perdidas en torno de La Baudraye, y le dió casi generosamente los siete ú ocho mil francos para las reformas interiores dirigidas por Dinah, que pudo comprar en Issondún el mobiliario de los Rouget é instalar en su casa un decorado de estilo Edad media, Luis XIV y Pompadour. La joven recién casada pudo apenas creer que el señor de La Baudraye fuese avaro, como le decían, ó creyó al menos haber adquirido algún ascendiente sobre él. Este error duró diez y ocho meses. Después del segundo viaje del señor de La Baudraye á París, Dinah reconoció en su esposo la frialdad polar de los avaros de provincias en todo lo que concernía al dinero. A la primera petición de metal, la joven desempeñó la más graciosa de esas comedias cuyo secreto proviene de Eva; pero el hombrecito explicó claramente á su mu-

jer que le daba doscientos francos mensuales para su gasto personal, que entregaba mil doscientos francos de renta vitalicia á la señora Piedefer por el dominio de La Hautoy, y que, por lo tanto, satisfacía los mil escudos de dote con un exceso de doscientos francos anuales.

—No le hablo á usted de los gastos de nuestra casa, le dijo para terminar. Le permito á usted ofrecer pastas y té por la noche á sus amigos porque deseo que se divierta; pero yo, que no gastaba mil quinientos francos anuales antes de casarme, gasto hoy seis mil francos, lo cual es algo demasiado, dado el valor de nuestros bienes. Un viñero no tiene nunca seguro más que el gasto: los impuestos, los empleados, los envases; mientras que la cosecha depende de una insolación ó de una helada. Los pequeños propietarios como nosotros cuyas rentas no son fijas, deben contar únicamente con el *minimum* de sus rentas, pues no tienen medios de reparar algún exceso de gasto ó una pérdida. ¿Qué sería de nosotros si algún vinatero hiciese quiebra? Para mí las letras de cambio son papeles mojados. Para vivir como vivimos, debemos, pues, tener sin cesar un año de rentas ahorrado y no contar más que con dos de las terceras partes de nuestros productos.

Basta una resistencia cualquiera para que una mujer desee vencerla, y Dinah fué á chocar con una alma de bronce oculta bajo las más amables maneras. La recién casada procuró inspirar temores y celos á aquel hombrecito; pero él afectó la tranquilidad más insolente y dejó á Dinah para ir á París, con la misma certidumbre que

hubiera podido tener Medor de la fidelidad de Angélica. Cuando Dinah se mostró fría y desdeñosa para herir á aquel aborto con el desprecio que las cortesanas emplean con sus protectores y que obra en ellos cual si fuese un resorte, el señor de La Baudraye fijó en su mujer sus ojos inmóviles como los de un gato que, en medio de una disputa doméstica, espera la amenaza de un golpe antes de dejar su puesto. La especie de inexplicable inquietud que se vela á través de aquella muda indiferencia asustó casi á aquella mujer de veinte años, que no comprendió en un principio la egoísta tranquilidad de aquel hombre, comparable á una máquina, y que para vivir había arreglado los movimientos de su existencia con la fatal precisión que los relojeros comunican á los relojes. De suerte que el hombrecito escapaba sin cesar á su mujer, y la combatía siempre con gran autoridad. Es más fácil comprender que explicar la rabia que sintió Dinah cuando se vió condenada á no salir de La Baudraye ni de Sancerre, ella que soñaba con manejar su fortuna y á aquel enano que, gigante desde un principio, había sabido imponerse. Con la esperanza de estrenarse un día en el gran teatro de París, Dinah aceptaba el vulgar incienso de sus caballeros de honor, y creyendo sordo de ambición á su marido al verle volver por tres veces de París, después de haber subido cada vez un nuevo peldaño de la escala social, quería hacerlo diputado. Pero cuando sondeó el corazón de aquel hombre, se convenció de que era de mármol. El ex recaudador, el ex refrendario, el consejero de Estado, el oficial de la Legión de

honor, el comisario regio, era un topo ocupado en hacer subterráneos en torno de una viña. ¡Qué elegías fueron entonces vertidas en el corazón del fiscal, del subprefecto y hasta en el del señor Gravier, que se mostraron más adictos á aquella sublime víctima, pues ella se guardó bien, como todas las mujeres, de hablar de sus cálculos, y, como todas las mujeres también, desterró la especulación al ver que no estaba en estado de especular. Dinah, castigada por estas tormentas interiores, alcanzó indecisa el año 1827, en el otoño del cual tuvo lugar la adquisición de la tierra de Anzy por el barón de La Baudraye. Este vejete dió muestras entonces de una alegría orgullosa que cambió por algunos meses las ideas de su mujer, la cual creyó encontrar no sé qué de grande en él al ver que solicitaba la fundación de un mayorazgo. En medio de su triunfo, el barón exclamó:

—¡Dinah, ha de llegar día en que serás condesa!

Entonces tuvo lugar entre los dos esposos una de esas aparentes reconciliaciones que no duran, y que debía cansar y humillar á una mujer cuyas superioridades aparentes eran falsas y cuyas superioridades ocultas eran reales. Este extraño contrasentido es más frecuente de lo que se piensa. Dinah, que resultaba ridícula con sus pretensiones de talento, era grande por las cualidades de su alma; pero las circunstancias no favorecían el desarrollo de sus buenas cualidades, mientras que la vida de provincias adulteraba de día en día la escasez de sus dotes intelectuales. Por contrario fenómeno, el señor de

La Baudraye, débil, sin alma y sin talento, debía parecer algún día hombre de gran carácter por el mero hecho de haber seguido tranquilamente un plan de conducta del que su debilidad no le permitía salir.

En la vida de aquella mujer hubo una primera fase que duró seis años, durante la cual Dinah se convirtió ¡ay de mí! en una provinciana. En París existen varias clases de mujeres: hay la duquesa y la mujer del hacendista, la embajadora y la mujer del cónsul, la mujer del ministro, que es ministro, y la mujer del que no lo es, la mujer distinguida de la orilla derecha y la de la orilla izquierda del Sena; pero en provincias no hay más que una mujer, y esta pobre mujer es la provinciana. Esta observación indica una de las grandes llagas de nuestra sociedad moderna. ¡No lo olvidemos! Francia se ha dividido en el siglo xix en dos grandes zonas: París y la provincia; la provincia celosa de París, y París sin pensar en la provincia más que para pedirle dinero. Antaño París era la primera villa de provincias, y la corte ensalzaba la villa; hoy París es toda la corte, y la provincia es toda la villa. Por grande, hermosa é inteligente que sea una joven nacida en una provincia cualquiera, si, como Dinah Piedefer, se casa en provincias y sigue viviendo en ellas, se convierte á poco en una provinciana. Sin embargo de sus decididos proyectos, las vulgaridades, la escasa lucidez de las ideas, la indiferencia en el tocado invaden el ser sublime oculto en aquella alma nueva, y la hermosa planta desmerece. ¿Cómo no ha de ocurrir así? Desde su más tierna edad, las provincia-

nas no ven en torno suyo más que provincianos. A nadie se le ocurre cruzar las razas, y de este modo el espíritu se bastardea necesariamente, y así vemos que en muchas villas la inteligencia ha pasado á ser tan rara como fea es allí la sangre. El hombre degenera allí material y moralmente, pues la siniestra idea de las conveniencias de fortuna es la idea dominante en los contratos matrimoniales. Las gentes de talento, los artistas, los hombres distinguidos, toda ave con brillantes plumas vuela á París. Inferior como mujer, una provinciana es aún más inferior á causa de su marido. ¿Cómo vivir, pues, feliz con estos dos pensamientos aplastantes? Pero la inferioridad conyugal y la inferioridad radical de la provinciana están agravadas con una tercera y terrible inferioridad, que contribuye á hacerla seca y sombría, á empequeñecerla, á degenerarla, á aplastarla fatalmente. Uno de los más agradables halagos que las mujeres se dirigen á sí mismas, ¿no consiste en la seguridad de entrar por algo en la vida de un hombre superior escogido por ellas con conocimiento de causa, como para tomar la revancha en el matrimonio, para el que tan poco consultados fueron sus gustos? Ahora bien, en provincias, si no existe superioridad en los maridos, existe aún menos en los solteros; de suerte que cuando la provinciana comete alguna faltita, lo hace siempre enamorada de algún hombre guapo, de algún petimetre indígena ó de algún joven que lleva guantes y que pasa por saber montar á caballo; pero, en el fondo de su corazón, ella sabe que se trata de un hombre igual al suyo,

aunque mejor vestido. Dinah se libró de este peligro, gracias á los humos de talento que le habían dado, y aunque no hubiese estado tan bien guardada durante los primeros días de su matrimonio como lo estuvo por su madre, cuya presencia no le fué importuna hasta el momento en que tuvo interés en alejarla, hubiera estado guardada por su orgullo y por el elevado porvenir que esperaba. Bastante satisfecha de verse rodeada de admiradores, no vió entre éstos ninguno que le satisficiera como amante. Ningún hombre realizó el poético ideal que se había ella formado en sus primeros años en unión de su amiga Ana Grossetete. Cuando, vencida por las involuntarias tentaciones que los homenajes despertaban en ella, se dijo: «Si me viera obligada á escoger, ¿á quién escogería?» sentía preferencia por el señor de Chargebœuf, gentilhomme de buena casa, cuya figura y cuyos modales le agradaban, pero cuyo talento frío, cuyo egoísmo y cuya ambición, limitada á una prefectura y á un buen matrimonio, la disgustaban. A la primera palabra de su familia, que temió verle perder su porvenir con alguna intriga, el vizconde dejó sin pena en su primera prefectura á una mujer adorada. Por el contrario, la persona del señor de Clagny, único cuyo talento correspondía al de Dinah y cuya ambición tenía el amor por principio y que sabía amar, le desagradaba soberanamente. Cuando se vió condenada á permanecer aún seis años en La Baudraye, la baronesa iba á aceptar el amor del señor vizconde de Chargebœuf; pero éste fué nombrado prefecto y dejó el país. Con gran contento del fiscal, el

30891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

nuevo subprefecto era un hombre casado cuya mujer se hizo amiga íntima de Dinah. El señor de Clagny no tuvo que combatir ya más rivalidad que la del señor Gravier, y este señor era el tipo del cuadragenario de que se sirven y de que se burlan las mujeres, cuyas esperanzas alimentan ellas con el mismo cuidado que se cuida y alimenta una bestia de carga. De todas las personas que le fueron presentadas en seis años, de veinte leguas á la redonda, no hubo ninguna que hiciese sentir á Dinah esa emoción que causa la belleza, la creencia en la dicha, el choque de un alma superior ó el presentimiento de un amor cualquiera, aunque sea desgraciado.

Dinah no pudo, pues, desarrollar ninguna de sus preciosas cualidades, y soportó silenciosa los ataques hechos á su orgullo, oprimido constantemente por su marido, que se oponía impávido á la marcha de su preciosa vida. Obligada á guardar los tesoros de su amor, no entregó á la sociedad más que sus vanos exteriores. A veces se rebelaba, quería tomar una resolución viril; pero tenía que detenerse por la cuestión del dinero. De suerte que lentamente y á pesar de las protestas ambiciosas y de las recriminaciones elegiacas de su talento, la baronesa sufría las transformaciones provincianas que acaban de ser descritas. Cada día se llevaba un pedazo de sus primeras resoluciones. Dinah se había arreglado un programa de tocado, programa que fué abandonando gradualmente. Si en un principio siguió las modas y estuvo al corriente de las invenciones del lujo, después se vió obligada á reducir sus compras ajustándolas á la escasa cifra de sus

recursos. En lugar de cuatro sombreros, seis capotas y seis trajes, se contentó con un traje para cada estación. Se encontró Dinah tan bonita con un cierto sombrero, que lo hizo servir para el año siguiente, y lo mismo ocurrió con todo. Muchas veces la artista inmoló las exigencias de su tocado al deseo de tener un mueble gótico. Al séptimo año de su matrimonio juzgó cómodo y conveniente llamar á su casa á la mejor costurera del país para que le hiciera la ropa, y su madre, su marido y sus amigos la encontraban encantadora con aquellos sencillos trajes donde brillaba el buen gusto. ¡Se llegaron á copiar sus ideas!... Como no tenía á la vista término ninguno de comparación, Dinah acabó por caer en las vulgaridades de la provinciana. Si una parisiense no tiene las caderas bien dibujadas, su espíritu inventivo y su deseo de agradar le hacen encontrar algún remedio heroico; si tiene algún defecto, alguna fealdad, alguna tacha, es capaz de convertirla en una gracia; esto se ve frecuentemente; pero la provinciana, ¡nunca! Si la estatura es demasiado pequeña, si la gordura le sienta mal, la provinciana acaba por conformarse, y sus adoradores, so pena de no amarla, tienen que aceptarla tal cual es; mientras que la parisiense quiere ser tomada siempre por lo que no es. De ahí esas figuras grotescas, esas estrecheces asombrosas, esas amplitudes ridículas, esas líneas desprovistas de gracia, á las que toda una villa acaba por acostumbrarse, y que asombran cuando las provincianas se presentan en París ante los parisienses. Dinah, cuyo talle era esbelto, quiso hacerlo aún más, y no se aperció de

momento de que se hacía ridícula, y que, adelgazada por el aburrimiento, parecía un esqueleto ambulante. Por otra parte, sus amigos, como la veían todos los días, no echaban de ver los cambios visibles de su persona. Este fenómeno es uno de los resultados naturales de la vida provinciana. Cuando, á pesar de casarse, una joven sigue aún siendo hermosa, la villa entera se siente orgullosa de ella; pero no se fijan en que ellos la ven todos los días, y, por lo tanto, la observación es menos intensa. Si, como la señora de La Baudraye, pierde un tanto su brillo, apenas se apercibe de ello. Más aún, una ligera rubicundez se comprende y hasta llega á creerse favorable. Una pequeña negligencia es adorada. Por otra parte, la fisonomía está tan bien estudiada, tan bien comprendida, que las ligeras alteraciones apenas se echan de ver, y sin duda acaban por considerarlas como nuevas gracias. Cuando Dinah dejó de renovar sus trajes cada estación, pareció haber hecho una concesión á la filosofía del país. Ocurre con el hablar, con los modales y con las ideas lo mismo que con el sentimiento. El alma se enmohece lo mismo que el cuerpo si no se renueva con el ambiente parisiense; pero lo que más caracteriza á la vida provinciana es el paso, los movimientos y los gestos, que pierden esa agilidad que París comunica incesantemente. La provinciana está acostumbrada á andar y á moverse en una esfera sin accidentes, y sin evitar nada, y va como los quintos, en París, sin sospechar que ha de encontrar obstáculos, pues se cree aún en su provincia donde es conocida, donde ocupa siempre el

lugar que la corresponde y donde todo el mundo la considera. La mujer pierde entonces el encanto de lo imprevisto. ¿Habéis observado, por último, el singular fenómeno de la reacción que produce en el hombre la vida en común? Mediante el sentido indeleble de la imitación símica, los seres tienden á semejarse unos á otros. Sin que uno se aperciba, se copian los gestos, los modales, los aires, la manera de hablar y la cara de los demás. En seis años, Dinah se puso al unísono con su sociedad. Al tomar las ideas del señor de Clagny, tomó también el sonido de su voz; imitó sin apercibirse los modales masculinos no viendo más que hombres, y creyó estar libre de todas sus ridiculeces burlándose de ellos; pero, como ocurre á ciertos burlones, se le pegaron algunas de aquellas cosas que eran para ella objeto de mofa. Una parisiense tiene demasiados ejemplos de buen gusto para evitar estos males. Las parisienses esperan la hora y el momento de hacerse valer; mientras que la señora de La Baudraye, acostumbrada á exhibirse, contrajo un no sé qué teatral y dominante, un aire de *prima donna* al entrar en escena, que en París hubiera sido reformado pronto con las sonrisas burlonas. Cuando hubo adquirido ya una buena cantidad de cosas ridículas, y cuando engañada por sus aduladores encantados creyó haber adquirido nuevas gracias, tuvo un momento de terrible despertar, que fué como la avalancha caída de la montaña. Dinah vió desvanecerse en un solo día todas sus ilusiones con una espantosa comparación. En 1822, después de la marcha del señor de Chargebœuf, la baronesa de La Baudraye

tuvo la satisfacción de volver á ver á la baronesa de Fontaine. Al morir su padre, el marido de Ana (que era ya director general del ministerio de Hacienda) aprovechó una licencia para llevar á su mujer á Italia, y Ana quiso detenerse un día en Sancerre en casa de su amiga de la infancia. Esta entrevista tuvo un no sé qué de funesto. Ana, mucho menos guapa que Dinah en el colegio Chamarolles, apareció siendo baronesa de Fontaine mil veces más guapa que la baronesa de La Baudraye, sin embargo de su fatiga y de su traje de viaje. Ana bajó de un encantador coche de viaje, acompañada de una camarera cuya elegancia asustó á Dinah. Todas las diferencias que distinguen á la parisiense de la provinciana brillaron á los ojos de Dinah, la cual se vió tal cual pareció á su amiga, que la encontró desconocida.

Ana gastaba para ella sola seis mil francos al año, cantidad igual á la que importaban los gastos todos de la casa La Baudraye. En veinticuatro horas las dos amigas cambiaron muchas impresiones, y la parisiense, al verse muy superior al fénix del colegio Chamarolles, tuvo para su amiga ciertas bondades y atenciones que fueron otras tantas heridas para Dinah; pues la provinciana comprendió que las superioridades parisienses estaban en su apogeo, mientras que las suyas habían huído para siempre.

Después de la marcha de Ana, la señora de La Baudraye, que contaba á la sazón veintidós años, fué presa de horrible desesperación.

—¿Qué tiene usted? le dijo el señor de Clagny al verla tan abatida.

—Ana aprendía á vivir mientras yo aprendo á sufrir... le contestó.

En efecto, en el hogar de la señora de La Baudraye se representaba una tragicomedia en armonía con sus luchas relativas á la fortuna y con sus transformaciones sucesivas, y de la cual, después del abate Duret, sólo el señor de Clagny tuvo conocimiento, cuando Dinah, por no saber qué hacer y sin duda por vanidad, le entregó el secreto de su gloria anónima.

Aunque la alianza de los versos y de la prosa sea verdaderamente monstruosa en la literatura francesa, esta regla tiene, no obstante, excepciones. Esta historia ofrecerá, pues, una de las dos violaciones que se cometerán en estos estudios contra las reglas de la novela; pues para hacer entrever las luchas íntimas que pueden excusar á Dinah sin absolverla, es necesario analizar un poema, fruto de su profunda desesperación.

Agotada ya su paciencia y su resignación con la marcha del vizconde de Chargebœus, Dinah siguió el consejo del buen cura Duret, el cual le dijo que convirtiese sus malos pensamientos en poesías, cosa esta que da sin duda la explicación de ciertos poetas.

—Le ocurrirá á usted como á los que riman epitafios ó elegías para seres que han perdido: el dolor se calma en el corazón á medida que los alejandrinos hierven en la cabeza.

Este extraño poema revolucionó á las provincias de Allier, de la Nievre y del Cher, que se consideraron felices al saber que poseían un poeta capaz de luchar con las eminencias parisienses. PAQUITA LA SEVILLANA, por JUAN DÍAZ, fué publi-

cada en el *Eco del Morván*, especie de revista que luchó por espacio de diez y ocho años contra la indiferencia provinciana. Algunos hombres de talento de Nevers pretendieron que Juan Díaz había querido burlarse de la escuela que daba á luz á la sazón excéntricas poesías llenas de verbosidad y de imágenes, en las que se obtienen grandes efectos violando la musa bajo pretexto de fantasías alemanas, inglesas y romanas. El poema comenzaba con este canto:

¡Oh pueblo de Neustria!
De amor, cielo y patria
jamás hablarías
si vieras de España
las noches y días,
la alegre campaña.

Allí son los hombres
distintos de aquí;
allí la bolera,
esperando el alba,
bailando ligera
la noche se pasa.

¡Oh! sí, ciertamente,
vergüenza os daría,
á vos la primera,
si alguien comparara
mi danza hechicera
con vuestra algarazara.

En Rouen, que es triste y cenagoso,
cantó Paquita
este cantar alegre y primoroso
con voz quedita;
en aquel Rouen tan feo y tan sombrío...

.....

Una magnífica descripción de Rouen, donde Dinah no había estado nunca, hecha con esa rudeza postiza que dictó más tarde tantas poesías juveniles, parangonaba la vida de las ciudades industriales con la vida negligente de España, el amor al cielo y á las bellezas humanas con el culto á las máquinas, y finalmente, la poesía con la especulación. Juan Díaz expresaba el horror que Paquita sentía por Normandía, diciendo:

Nació Paquita en Sevilla,
en aquella ciudad de hermoso cielo
que á amar convida;
y cuando contaba apenas trece años,
con tanto fuego
se vió amada por todos
los de su pueblo,
que tres toreros
se mataron luchando
por darla un beso.

El calco del retrato de la joven española sirvió después á tantas cortesanas en tan pretendidos poemas, que sería pesado reproducir aquí los cien versos de que se compone. Pero para juzgar los atrevimientos á que se entregó Dinah, bastará dar aquí cuenta de su conclusión. Según la ardiente señora de La Baudraye, Paquita había nacido de tal modo para el amor, que difícilmente podía encontrar caballeros dignos de ella, pues,

..... todos sus amantes
habrían sucumbido
si aceptar sus caricias delirantes
hubiera ella querido.

Mas, no, todo fué inútil.

Cedió tan sólo un día
al amor de un intrépido soldado,
hijo de Normandía.

—
En él cifró su dicha,
por él dejó su villa,
mas la pobre ignoraba que muy pronto
á Rusia él partiría.

Nada más delicado que la descripción de la despedida de la española y del capitán de artillería normando, el cual, en el delirio de una pasión expresada con un sentimiento digno de Byron, exigía de Paquita una promesa de fidelidad absoluta en el altar de la Virgen de la catedral de Rouen, la cual

Aunque virgen, es hembra, y no perdona
al que, jurando amor, luego traiciona.

Una gran porción del poema estaba consagrada á la descripción de los sufrimientos de Paquita sola en Rouen, esperando el final de la campaña, retorciéndose los brazos de rabia al ver pasar por debajo de sus ventanas parejas de enamorados, conteniendo el amor en su corazón con una energía que la devoraba, viviendo de narcóticos y consumiéndose en sueños.

Estuvo expuesta á morir, mas fuéle fiel;
y al volver el soldado de la guerra,
juzgando que Paquita es digna de él
con más fuerzas que nunca á ella se aferra;
pero el frío de Rusia helóle el cuerpo,
y éste enfrió su alma enamorada...

El poema había sido concebido para esta si-

tuación, explotada con una verbosidad y una audacia que daba la razón al abate Duret. Paquita, al reconocer los límites de su amor, no se sumía como Eloísa y Julia en el infinito, en el ideal, sino que se sumía en la senda del vicio, pero en el vicio sin grandeza, ya que por falta de elementos era difícil encontrar en Rouen gentes bastante apasionadas para poner á Paquita en un medio de lujo y de elegancia. Esta espantosa realidad, realizada por sombríos versos, había dictado alguna de aquellas páginas de que tanto abusa la poesía moderna, y que pueden tildarse de excesivamente descarnadas. Empleando un rodeo impregnado de filosofía, el poeta, después de haber descrito la infame casa donde la andaluza acababa sus días, repetía el primer canto:

Hoy es Paquita vieja y arrugada;
y aun sigue cantando entusiasmada:
¡Oh, pueblo de Neustria!
de amor, cielo y patria
jamás, etc....

La sombría energía impresa en este poema, que constaba de unos seiscientos versos, y la viril expresión de un dolor indecible asustó á la mujer, que se vió admirada por tres provincias, disfrazada con el frac negro del anónimo. Al mismo tiempo que saboreaba las embriagadoras delicias del éxito, Dinah temió á las malas lenguas de la provincia, donde más de una mujer, en caso de una indiscreción, querría establecer relaciones entre el autor y Paquita. Después vino la reflexión, y la baronesa enrojeció de vergüenza al considerar que había explotado algunos de sus dolores.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Aunque no haga usted nada más, ya no será usted una mujer, sino una poetisa, le dijo el cura Duret.

Se buscó á Juan Díaz en Nevers, en Moulins y en Bourges; pero Dinah permaneció impene-trable. Para que no formasen de ella un mal con-cepto en el caso de que la fatalidad revelase su nombre, la baronesa hizo un poema encantador en dos cantos acerca de la ENCINA DE LA MISA, tradición del Nivernais que corría de boca en boca del siguiente modo. Un día las gentes de Nevers y las de la Saint-Saulge, que se habían declarado mutua guerra, salieron á buscarse para librar batalla y se encontraron en el bosque de Faye. Entre los dos partidos surgió de debajo de una encina un sacerdote, cuya actitud tuvo un no sé qué tan sorprendente, que los dos partidos, es-cuchando sus órdenes, oyeron la misa que fué dicha bajo la misma encina, y á la voz del Evan-gelio se reconciliaron. En el bosque de Faye se muestra aún como verdadera determinada en-cina. Este poema, infinitamente superior á *Pa-quita la Sevillana*, tuvo menos éxito. Después de este doble ensayo, la señora de La Baudraye, al saberse poetisa, ostentó una lucidez y un no sé qué misterioso en sus ojos que la volvieron más hermosa que nunca. La baronesa fijaba sus ojos en París, aspiraba á la gloria y volvía á caer en su agujero de La Baudraye, en sus cicaterías periódicas con su marido y en el círculo de sus comensales, cuyos caracteres, intenciones y dis-cursos le eran demasiado conocidos para que á la larga no acabasen por aburrirla. Si sus tra-bajos literarios la distrajeron de sus desgracias, y

si la poesía ocupó su ociosa vida y alimentó sus aspiraciones, en cambio la hicieron odiar más aún la obscura y aplastante atmósfera de provincias.

Después de la revolución de 1830, cuando la gloria de Jorge Sand llegó á Berry, muchas vi-llas envidiaron á La Chatre el privilegio de haber visto nacer á una rival de la señora Stael, á Ca-mila Maupín, y se dispusieron á honrar los me-nores talentos femeninos. Así es que en aquella época se vió que muchas mujeres solteras y ca-sadas abandonaban su apacible vida para alcanzar la gloria. Publicáronse extrañas doctrinas acerca del papel que las mujeres debían desempeñar en la sociedad. Sin que se hubiera pervertido el buen sentido que constituye el fondo del talento francés, se perdonaba á las mujeres el que ex-presasen ideas y profesasen sentimientos que no hubiesen confesado algunos años antes. El señor de Clagny aprovechó este momento de licencia para reunir las obras de Juan Díaz en un pequeño volumen en 18°, que fué impreso por Desroziere, en Moulins. En dicho volumen Clagny hacía una pequeña biografía del joven escritor tan pre-maturamente arrebatado á las letras, especie de biografía que resultaba ocurrente para aquellos que conocían el enigma, pero que no tenía ya entonces en literatura el mérito de la novedad. Estas bromas, excelentes cuando se conserva el incógnito, pierden mucho interés así que el au-tor se muestra. Pero desde este punto de vista, la biografía de Juan Díaz, hijo de un prisionero es-pañol, y nacido en Bourges por el año 1807, tiene detalles capaces de engañar algún día á los re-dactores de *Biografías universales*. Nada falta en

ella: ni los nombres de los profesores del colegio de Bourges, ni los de los condiscípulos del poeta muerto, tales como Lousteau, Bianchón y otros célebres paisanos que son reputados de haberlo conocido soñador, melancólico y anunciando precoces disposiciones para la poesía. Una elegía titulada *Tristeza*, hecha en el colegio, el poema de *Paquita la Sevillana* y el de la *Encina de la misa*, tres sonetos, una descripción de la catedral de Bourges y del palacio de Jacobo Cœur, y, finalmente, una novela titulada *Carola*, reputada de ser su obra póstuma, formaban el bagaje literario del difunto, cuyos últimos instantes, llenos de miseria y de desesperación, tentan que oprimir el corazón de los seres sensibles de la Nievre, del Bourbonnais, del Cher y del Morván, donde había expirado, cerca de Chateau-Chinón, desconocido de todos, incluso de aquella á quien él amaba. Se tiraron doscientos ejemplares de este tomito de color amarillo, ciento cincuenta de los cuales fueron vendidos á razón de cincuenta por provincia. Este término medio de las almas sensibles y poéticas en tres provincias de Francia basta para refrescar el entusiasmo de los autores acerca de la *furia francesa*, que actualmente se aplica mucho más á los intereses que á los libros. De la publicación hecha por el señor de Clagny, que había firmado la biografía, Dinah guardó siete ú ocho ejemplares en unión de los periódicos que habían dado cuenta de la obra. Veinte ejemplares fueron enviados á los periódicos de París, y se perdieron en el abismo de las oficinas de las redacciones. Nathán, que cayó en el lazo lo mismo que algunos otros compatriotas

suyos, hizo un gran artículo acerca del gran hombre al que atribuyó todas las grandes cualidades que suelen atribuirse á los muertos. Lousteau, que se mostró prudente retenido por sus compañeros de colegio, que no recordaban á Juan Díaz, esperó noticias de Sancerre, y supo que Juan Díaz era el pseudónimo de una mujer. En el distrito de Sancerre se sintió gran entusiasmo por la señora de La Baudraye, á la cual se consideró como la rival de Jorge Sand. Desde Sancerre hasta Bourges se ensalzaba y alababa el poema que en otras circunstancias hubiera sido criticado con acritud. El público de provincias, como todos los públicos franceses, es, sin duda, muy poco partidario del justo medio: ó lo pone en las nubes ó lo sume en el fango.

En esta época, el bueno y anciano abate Duret, consejero de la señora La Baudraye, había muerto, pues de otro modo la hubiera impedido entregarse á la publicidad. Pero tres años de trabajo y de incógnito pesaban demasiado en el corazón de Dinah, la cual sustituyó el placer de la gloria por todas sus ambiciones frustradas. Sin embargo, la poesía y los sueños de la celebridad, que desde la entrevista con Ana Grossetete habían aletargado sus dolores, no bastaban ya en 1830 para satisfacer la actividad de aquel corazón enfermo. El cura Duret, que hablaba del mundo cuando la voz de la religión era impotente, el cura Duret, que comprendía á Dinah, y que le pintaba un honroso porvenir diciéndole que Dios recompensaría todos los sufrimientos noblemente soportados; aquel cariñoso anciano no podía interponerse entre el pecado y

su hermosa penitente, á la que llamaba hija. Este anciano y sabio sacerdote había intentado más de una vez instruir á Dinah acerca del carácter del señor de La Baudraye, diciéndole que este hombre sabía odiar; pero las mujeres no están dispuestas á reconocer fuerza en seres débiles, y el odio supone una acción demasiado constante para no ser considerado como fuerza viva. Viendo á su marido profundamente indiferente en amor, Dinah le negaba la facultad de odiar.

—No confunda usted el odio y la venganza, que son dos cosas muy diferentes, le decía el cura; el uno es propio de las almas mezquinas, y la otra es efecto de una ley á la que obedecen las grandes almas. Dios se venga, y no odia. El odio es el vicio de las almas pequeñas, que lo toman como pretexto de sus bajas tiranías. Así es que guárdese usted de herir al señor de La Baudraye, que le perdonaría una falta, siempre que fuese en provecho suyo, pero que se mostraría implacable y haría imposible la vida para usted si le tocase la llaga que tan cruelmente le tocó el señor Milaud de Nevers.

Ahora bien, en el momento en que Nivernais, Sancerre, Morván y Berry se enorgullecían de la señora de La Baudraye y la celebraban bajo el nombre de Juan Díaz, el raquítico La Baudraye recibía un golpe mortal con esta gloria. Él era el único que conocía los secretos del poema *Paquita la Sevillana*. Cuando se hablaba de esta obra terrible, todo el mundo decía refiriéndose á Dinah:

—¡Pobre mujer! ¡pobre mujer!

Las mujeres se daban por satisfechas pudiendo compadecer á la que tanto les había oprimido, y Dinah no pareció nunca tan grande como entonces á los ojos del país.

El raquítico anciano, que se había vuelto más amarillo, más arrugado y más débil que nunca, no hizo ninguna demostración; pero Dinah sorprendió á veces en él miradas de rencorosa frialdad que desmentían sus excesivas atenciones para con ella. La baronesa acabó por adivinar lo que creyó un sencillo enfado de matrimonio; pero buscando una explicación con su insecto, como lo llamaba el señor Gravier, Dinah vió en él la frialdad, la impasibilidad y la dureza del acero; se revolucionó, le reprochó sus once años de vida triste y le armó á propósito lo que las mujeres denominan un escándalo; pero el diminuto La Baudraye se mantuvo inmóvil en un sofá, con los ojos cerrados, escuchando sin perder su calma, y acabó, como siempre, por dar cuenta de su mujer. Dinah comprendió que había hecho mal en escribir, se comprometió á no hacer nunca más un verso, y cumplió su palabra, lo cual causó una verdadera pena á los sancerreses, que se preguntaban:

—¿Por qué no hace más versos la señora de La Baudraye?

Por esta época la baronesa no tenía ya enemigos, la gente afluía ansiosa á su casa, y no pasaba semana que no tuviese nuevas presentaciones. La mujer del presidente de la audiencia, augusta burguesa perteneciente á la familia Popinot Chandier, había dicho á su hijo, joven de veintidós años, que fuese á La Baudraye, y es-

taba muy satisfecha al ver que su Gatién había sabido conquistarse las simpatías de la mujer eminente. La palabra *mujer de talento* había reemplazado al grotesco apodo de Safo de Saint-Satur. La presidenta, que había dirigido durante nueve años la oposición contra Dinah, se consideró tan feliz al ver la buena acogida que había tenido su hijo, que se hacía lenguas para alabar de un modo infinito á la musa de Sancerre.

—Después de todo, es la mujer más hermosa y de más talento de todo Berry, exclamó la presidenta respondiendo á un discurso de la señora Clagny, que odiaba á muerte á la pretendida querida de su marido.

Después de haber rodado tanto, de haberse lanzado por mil diversas vías, de haber soñado el amor en todo su esplendor, de haber aspirado los sufrimientos de los dramas más negros, la monotonía de su vida resultaba tan fatigante, que un día Dinah cayó en la fosa que había jurado evitar. Al ver los sacrificios constantes del señor de Clagny, que se había negado á ser fiscal general de París, adonde le llamaba su familia, la poetisa se dijo: «Me ama», y, venciendo su repugnancia, pareció dispuesta á coronar tanta constancia. A este impulso de generosidad fué á lo que Sancerre debió la coalición que se hizo en las elecciones en favor del señor de Clagny. La señora de La Baudraye había soñado irse á París con el diputado de Sancerre; pero á pesar de solemnes promesas, los ciento cincuenta votos dados al adorador de la hermosa Dinah, que quería hacer vestir la toga del minis-

terio de Justicia á aquel defensor de la viuda y el huérfano, se cambiaron en una *imponente minoría* de cincuenta votos. La envidia del presidente Boirouge y el odio del señor Gravier, que creyó que el candidato preponderaba en el corazón de Dinah, fueron explotados por un joven subprefecto al que los doctrinarios nombraron prefecto por este solo hecho.

—Nunca me consolaré de no haber sabido agrandar á la señora La Baudraye, con lo cual mi triunfo hubiera sido completo, dijo el prefecto á un amigo suyo al marcharse de Sancerre.

Aquella vida tan atormentada interiormente ofrecía el aspecto de un hogar tranquilo, de dos seres mal aparejados, pero resignados, y un no sé qué de ordenado y de decente, esa mentira que exige la sociedad, pero que constituía para Dinah un arnés insoportable. ¿Por qué quería esta mujer dejar su máscara, después de haberla llevado durante doce años? ¿De dónde provenía aquel cansancio, cuando cada día aumentaba su esperanza de quedar viuda? Si se han seguido todas las fases de esta existencia, se comprenderán las diferentes decepciones que Dinah, como otras muchas mujeres, había sufrido. Del deseo de dominar al señor La Baudraye, había pasado á la esperanza de ser madre. Entre las disputas de su hogar y el triste conocimiento de su suerte había transcurrido todo un período. Después, cuando quiso consolarse, su consolador, el señor de Chargebœuf, se marchó. El arrebató que causan las faltas á la mayor parte de las mujeres le había faltado hasta entonces. Finalmen-